

tervencion en Francia consumió su oro y empañó su fama militar.

#### Guerras religiosas en Francia (1562-1598).

Por una conspiracion comenzó en Francia la guerra de las dos religiones. Los reformados, tan perseguidos por Enrique II y amenazados por los Guisas en tiempo de Francisco II, esposo de María Estuardo, se unieron con los descontentos de toda clase que acababa de suscitar el favor de los príncipes loreneses, y se creyeron bastante fuertes para apoderarse del gobierno. Tal es el sentido de la conspiracion de Amboise, dirigida en realidad por el príncipe de Condé y aparentemente por un noble llamado la Renaudie (1560). Mas el gobierno se hallaba á la sazón en manos viriles; los Guisas, advertidos á tiempo, obraron con cautela y los conjurados cayeron como en una emboscada. Los Guisas deshonraron su victoria con atroces venganzas: hasta quisieron dar muerte á un príncipe de sangre real, Luis de Borbon, cuando Francisco II murió á los 17 años; y Catalina de Médicis, regente de su hijo Carlos IX (1560), se separó algun tiempo de aquella política implacable y escuchó los consejos de Miguel de L'Hopital, eminente magistrado, á quien la reina nombró caballero, y que queria imponer á los partidos la tolerancia. Era « uno de esos hombres á la antigua, otro Caton el Censor, á quien se parecia en su larga barba blanca, en su semblante pálido y en su grave aspecto. » Derrotados los conjurados de Amboise, los Guisas exaltados por su triunfo pidieron que se estableciera la Inquisicion española, á lo cual se opuso L'Hopital, diciendo: « ¿Para qué se necesitan tormentos y hogueras? Con virtudes y buenas costumbres es como habeis de resistir á la heregía. » Y decia tambien: « Dejemos los nombres diabólicos de luteranos, hugonotes y papistas, que son nombres de partidos y de sedicion, y conservemos todos el de cristianos. » En vida del último rey habia ya conseguido que se diera el edicto de Romorantin, que atribuyó á los obispos el conocimiento del crimen de

heregía, con lo cual impidió que penetrase la Inquisicion en Francia. Por el edicto de julio de 1561, aunque declaraba ilícitas las predicaciones, concedió una amnistía general y suspendió la ejecucion de las sentencias por causas religiosas, y con el de enero de 1562 dió un paso mas: creyéndose bastante fuerte para poner en práctica sus ideas de tolerancia, autorizó el culto calvinista en los campos y en toda poblacion no cercada; pero prohibió á los protestantes que celebrasen asambleas y reuniesen soldados.

Las pasiones habian llegado á un punto que no dejaban en el lenguaje de un hombre de bien, verdadero cristiano. Las concesiones hechas á los protestantes irritaron mas á los católicos exaltados y popularizaron á los Guisas. Catalina pensó que una entrevista de teólogos de las dos creencias restableceria el buen acuerdo; pero el coloquio de Poissy (1561), turbado por recíprocas invectivas, hizo la separacion mas irremediable. El duque de Guisa se unió estrechamente con Montmorency y Saint-André, y los protestantes clamaron contra el triunvirato y se prepararon á defender su causa con las armas, como lo aconsejaba Teodoro de Beza.

El degüello de Vassy fué señal de las hostilidades que, suspendidas siete veces en treinta y dos años, mediante tratados precarios y observados mal, otras tantas se repitieron.

El 1º de marzo de 1562 pasaba el duque de Guisa por Vassy de Champaña. Era domingo y solo se detuvo para oír misa; mas en tanto se oían los cantos de unos mil protestantes reunidos en una granja contigua. Algunos de sus hombres quisieron imponer silencio á los que injuriaban y desafiaban á su duque, como ellos decian, los protestantes no hicieron caso y se trabó una pelea; el duque de Guisa que acudió en socorro de los suyos recibió una pedrada en la mejilla, y en su vista, todo su séquito se arrojó sobre aquellos infelices desarmados, mataron á 60 ó hirieron á mas de 200 sin distincion de sexo ni edad.

Seguidamente los protestantes corrieron á las armas, y Felipe II é Isabel intervinieron en aquella primera lucha.

Sabedor de la conjuración de Amboise, el rey de España había mandado á decir á los Guisas que « estaba á su disposición si quería castigar á los rebeldes; » y después del coloquio de Poissy, el cardenal de Lorena, á nombre del clero francés, reclamó su mediación que tuvo efecto en cuanto se rompieron las hostilidades. Felipe II envió á Montluc, el *carnicero católico*, 3,000 hombres de aquellos tercios españoles tan famosos por su denuedo, y la reina de Inglaterra dió igual número de soldados á Condé con recursos en dinero bajo la condición de que la entregarían el Havre en prenda. Guisa tomó á Ruan y la guerra empezó, no solo una guerra abierta y leal á campo raso entre las tropas, sino de las ciudades entre sí, de los castillos y aun de las casas. Los protestantes mataban como los católicos y además devastaban las iglesias, violaban las tumbas y despedazaban las imágenes. ¡Qué de obras maestras perecieron entonces! Aun se ven en las iglesias de Francia muchas señales de aquella terrible guerra. Condé, con 7,000 hombres que recibió de los protestantes alemanes, llegó á atacar los arrabales de Paris, y rechazado por los españoles, se replegó hácia el Havre y tomó otro refuerzo de ingleses para volver á la carga; pero le detuvo el duque de Guisa cerca de Dreux (19 de diciembre). De 15,000 á 16,000 hombres tenía en aquella acción cada partido. Condé desbarató el centro de los católicos haciendo prisionero al duque de Montmorency que había sido herido; pero los suizos reales restablecieron el combate y el duque de Guisa consumó la victoria con un movimiento de flanco. Condé quedó en manos de sus enemigos.

Grande fué aquel triunfo para Guisa. El mariscal Saint-André había muerto y Montmorency estaba cautivo, con lo cual se vió libre de sus dos rivales en influencia; y además tenía en su poder al jefe del ejército hugonote, á quien trató de un modo caballeresco: quiso que compartiera su lecho y durmió perfectamente al lado de aquel enemigo mortal que en toda la noche pudo pegar los ojos. La primera noticia que Catalina de Médicis recibió sobre aquel encuentro, fué que la batalla estaba perdida, á lo que respondió

sin inmutarse: « Quiere decir que haremos nuestras oraciones en francés. » Los Guisas le daban miedo, y cuando supo la verdad se aterrorizó, no obstante la alegría que fingió por su triunfo, habló de negociar y dió una amnistía á todos los que soltaran las armas; pero Guisa no entendía así las cosas, quiso sacar todo el fruto posible de su triunfo y llegó á sitiar á Orleans con la idea de cortar las comunicaciones entre los protestantes del norte y los del mediodía. No habría resistido largo tiempo Orleans sin un crimen de fanatismo. Un protestante llamado Poltrot de Meré, exaltado por los ejemplos de Judit y de Debora, de Aod y de Jahel, se introdujo en el campo del duque de Guisa como tráfuga, y viéndole solo una noche, le disparó un pistoletazo que le hirió mortalmente (18 de febrero de 1563).

Muerto el duque de Guisa y hallándose cautivos Condé y Montmorency, la reina madre era todo el gobierno. Catalina veía claramente que, en realidad, lo que querían aquellos ambiciosos era el poder, junto con el triunfo de su creencia, y veía que la guerra civil quebrantaba el respeto debido á la corona. Los hugonotes decían cuando hablaban de Carlos IX: « ¿Qué rey es ese? Los reyes somos nosotros. Ese que decís es un reyezuelo, le daremos azotes y le enseñaremos un oficio para que trabaje y se gane la vida como todo el mundo. » Y á vuelta de esto los campesinos negaban los antiguos derechos á los nobles y decían: « Que nos enseñen en la Biblia si debemos pagar ó no. Si nuestros padres han sido necios no queremos serlo nosotros. » Todo el edificio social se conmovía hasta en sus cimientos, y Catalina de Médicis, que deseaba cortar cuanto antes aquella agitación, ofreció la paz á Condé y la firmó en Amboise en cambio de un edicto por el cual se autorizaba el culto de los protestantes en las casas de los nobles, en los dominios de los señores justicieros y en una ciudad por cada bailía (12 de marzo de 1563).

Católicos y protestantes demostraron su buena unión haciendo en comun una expedición contra el Havre, que querían conservar los ingleses y que les había aprovechado mas que Calais.

En un principio el gobierno ejecutó lealmente el edicto de Amboise; pero los odios políticos y religiosos eran demasiado vivos para que se calmaran á gusto de la corte, y si no hubo guerra civil hubo asesinatos. Catalina de Médicis dispuso muchas fiestas y entretenimientos para distraer á los señores, y sucedió con esto que se corrompieron las costumbres y no se afirmó la paz. A mayor abundamiento, la reina veía á los Borbones muy poderosos; y como antes en presencia de Guisa se inclinó hácia los reformados, ahora enfrente de Condé se inclinó hácia los católicos. Pautinamente fué limitando las garantías concedidas á los protestantes y no se castigaban los crímenes cometidos contra ellos. Así que llegó el rey á ser mayor de edad, su madre le llevó á viajar por las provincias del mediodía para que le vieran las poblaciones y de paso reemplazaba los gobernadores sospechosos de calvinismo, y mandaba destruir las fortificaciones de las ciudades protestantes. Por último, celebró en Bayona largas conferencias con el duque de Alba, lo cual debió despertar alarmas en los hugonotes, y se esparció el rumor de que el general de Felipe II habia aconsejado á la reina el degüello de los jefes heréticos, diciendo que « la cabeza de un salmon vale mas que la de 10,000 ranas. »

Lo cierto es que ambos partidos trataban de sorprenderse: los protestantes reunían dinero y preparaban sus armas en tanto que Catalina reorganizaba el ejército real y levantaba en Suiza 6,000 hombres. Condé intentó sorprender á la corte en Monceaux; y con efecto, apenas tuvo tiempo Catalina para huir á Meaux, de donde la corte llegó á Paris escoltada por la infantería suiza. Condé con 4,000 hombres se atrevió á bloquear la capital, cuyos habitantes obligaron al anciano Montmorency á hacer una salida, que se verificó por la parte de San Dionisio; pero el condestable tomó muy mal sus medidas y murió en la acción. No hubo sin embargo ni vencidos ni vencedores, pues si el campo de batalla quedó en poder de los católicos, los hugonotes se presentaron al otro día y ofrecieron un nuevo combate que no aceptó el ejército real (1567).

Condé hubo de recibir pasado algun tiempo 9,000 lansquenets, que inmediatamente reclamaron su estipendio, y todo el ejército hugonote, jefes y soldados, contribuyó á pagarles. Dirigiéronse á Chartres para interceptar el abastecimiento de Paris, y la reina madre que por ambicion de poder no habia querido dar un sucesor al condestable, se encontraba sin un hombre de guerra que oponer á los reformados. Entonces L'Hopital volvió á cobrar favor y habló de paz; y efectivamente, la hicieron en Longjumeau el 23 de marzo bajo la condicion de que los protestantes restituirían las plazas que ocupaban, restableciéndose en cambio sin restriccion ninguna el edicto de Amboise.

Fuó una paz *coja y mal sentada*, y á la verdad, Catalina de Médicis no la firmó sino para empezar luego otra guerra. Propúsose prender el mismo día á Condé y á Coligny en Borgoña y á Juana de Albret, viuda de Antonio de Borbon, en Bearn, para que sufrieran la suerte de los condes de Horn y de Egmont; pero los tres se escaparon: Condé y Coligny corrieron cien leguas y llegaron á la Rochela, donde se reunió con ellos Juana de Albret acompañada de su hijo Enrique de Bearn.

No consiguió su objeto; y sin embargo, como se creia en estado de poder hacer la guerra, la declaró por medio de un edicto que prohibia con pena de muerte el ejercicio de la religion llamada reformada, y mandaba á los ministros protestantes que salieran del reino en el término de quince dias. Todos los miembros del parlamento y de las universidades tuvieron que prestar juramento de catolicismo. Muchas fuerzas se necesitaban para sostener tales disposiciones y la corte solo tenia un ejército de 18,000 infantes y 4,000 caballos que Catalina puso á las órdenes del joven duque de Anjou, dirigido por Tavannes y Biron, porque deseaba darle notoriedad para oponerle, si llegaba el caso, á su hermano Carlos IX.

Se hizo una campaña de invierno sin resultado; y venida la primavera, el mariscal de Tavannes quiso aislar en el mediodía al ejército protestante y privarle de los socorros alemanes que esperaba del norte. Maniobraron, pues, con

esta idea en el Charente, y viendo Tavannes una ocasion propicia, sorprendió la retaguardia de los protestantes cerca de Jarnac (13 de marzo de 1569), hicieron prisionero á Condé y le asesinaron despues de la batalla. Irreparable fué la pérdida de aquel príncipe enérgico y bizarro que era hacia nueve años la cabeza y el brazo del partido. Los protestantes se descorazonaron; pero una mujer reanimó su valor. Juana de Albret se presentó en medio de ellos con su hijo Enrique de Bearn y el jóven príncipe de Condé y les habló diciendo: «Aquí teneis dos nuevos jefes que Dios os da y dos huérfanos que yo os confío.» El príncipe de Bearn, nacido en Pau, severamente educado como un noble campesino, no tenia mas de 15 años á la sazón; pero agradó á todo el mundo por su sencillez, su arrojo y su gracia, y le nombraron generalísimo con Coligny por consejero y teniente.

Coligny poseia muchas de las cualidades que necesita un jefe de partido en semejantes guerras. Protestante de corazón y muy austero, era muy querido y sabia infundir tanto respeto á los ministros como á los soldados: no era quizás un gran general ni un político profundo; pero jamás se abatia, lo cual es una fuerza, y veia bien las cosas, lo que equivale á otra fuerza; sabia improvisar recursos, y si no podia esperarse con él una victoria decisiva, tampoco habia que temer irremediables desastres.

Jarnac no fué mas que un combate de retaguardia, y las pérdidas de los protestantes no pasaron de 400 hombres, de modo que Coligny podia defender á Coñac y Angulema. Hizo mas aun: reforzado con 13,000 alemanes tomó la ofensiva y derrotó á los católicos cerca de la Roche Abeille; pero Tavannes vengó el descalabro. El duque de Anjou aumentó sus filas con alemanes católicos, con españoles que le envió el duque de Alba y con italianos que le despachó el papa Pio V, y seguidamente pudo salir de su peligrosa posicion á orillas del Loira, retrocedió, libertó á Poitiers que asediaba Coligny hacia mes y medio y consiguió acorralar al ejército protestante entre el Dive y el Thoué, cerca de Montcontour: 6,000 soldados hugonotes quedaron en aquel campo de batalla (3 de octubre).

Y sin embargo, la victoria de Montcontour fué tan inútil como la de Jarnac. Envidioso Carlos IX de los laureles que ganaban á su hermano, se fué al ejército y en vez de perseguir á los protestantes hasta los Pirineos, se entretuvo en sitiár á Niort y á Saint-Jean d'Angely. Coligny atravesó todo el mediodía rehaciendo su ejército y de repente apareció en Borgoña á la cabeza de toda la nobleza protestante de la Provenza y del Delfinado; en Arnay-lé-Duc encontró un ejército católico de 12,000 hombres, le desbarató y se corrió hasta el Loing á corta distancia de Paris.

Quedaba bien demostrado que la guerra no podia acabar con aquel partido vencido siempre y nunca aniquilado, y bajo este concepto, Catalina de Médicis pensó otra cosa para desarmar á los protestantes. Con efecto, les concedió la paz de San German con favorables condiciones, cuales eran el libre ejercicio del culto en dos ciudades por provincia y en todas aquellas en donde se hallaba establecido, la admision de los calvinistas á todos los empleos y cuatro guarniciones de reformados en la Rochela, Coñac, Montauban y la Charité (8 de agosto de 1570).

A la noticia de este tratado se levantó un clamor de indignacion entre los católicos extranjeros y franceses; pero Catalina permaneció impassible y continuó su nueva política, hablando seguidamente del enlace del jóven príncipe de Bearn con Margarita, hermana de Carlos IX, que podia dar á la paz un asiento sólido; y como entraba en el interés de la Francia emplear en el extranjero el ardor bélico y revoltoso de la nobleza protestante, aceptó las proposiciones de Coligny que consistian en llevar á sus correligionarios á los Paises Bajos, donde el duque de Alba habia quitado la vida en el suplicio á 18,000 personas. Los hugonotes se entusiasmaron con aquella empresa que parecia una continuacion de la antigua política olvidada desde la muerte de Enrique II, y Coligny veia en la guerra con los españoles un medio de mantener gloriosamente y con seguridad la paz en Francia.

Carlos IX, que á la sazón tenia 21 años, poseia excelentes dotes intelectuales; pero su carácter era á la par débil y

violento, y mal acostumbrado como lo estaba por el poder absoluto y pervertido ya su corazón por los favoritos italianos que le rodeaban, representó algún tiempo inconsciente el papel que le reservaba su madre. Mas de una vez había echado de ver que los jefes hugonotes ostentaban sobrado orgullo y no había olvidado los consejos homicidas que le dió el duque de Alba en Bayona; pero había pasado ya aquella época en que se rebelaba contra el yugo de su madre y envidiaba las victorias que atribuían á su hermano, y tan voluble como apasionado, entraba ahora con ardor en los nuevos proyectos, escribía á Coligny y á Juana de Albret y formaba empeño en que se concluyera cuanto antes el enlace de Enrique de Bearn con su hermana. La reina de Navarra y luego el almirante, se decidieron á venir á Paris, y el joven rey le dijo abrazándole con efusión: « Por fin estais con nosotros, y no os escapareis. » También llegaron muchos nobles hugonotes deseosos de disfrutar las gracias del monarca y de tomar parte en las fiestas de la corte.

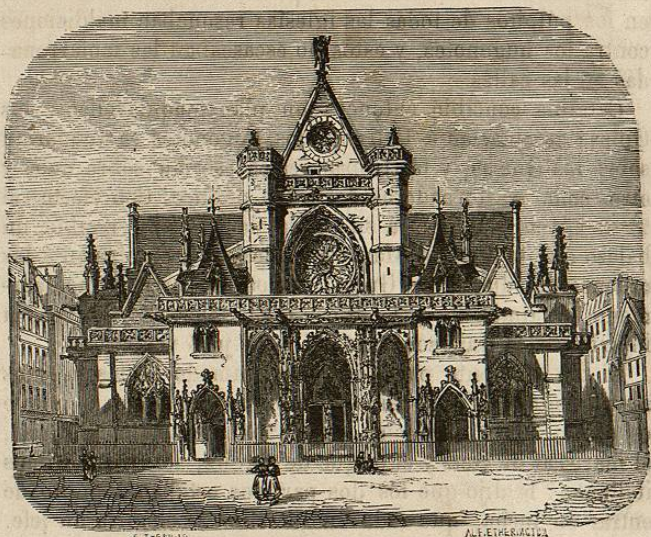
Catalina se asustó con los resultados de sus planes. El rey no hacía mas que lo que quería Coligny, daba prisa para que enviaran las dispensas del matrimonio que el papa negaba, levantaba tropas para Coligny y reunía una escuadra contra Flandes. Alentados así los protestantes redactaron en sínodo en la Rochela la confesión que les sirve de regla aun en el día. Catalina amonestó á su hijo que no quiso oirla, pues parecía entonces resuelto á adquirir « gloria y fama con la guerra española, » y por fin llegó á decir á su madre que ella y su hijo el duque de Anjou eran sus principales enemigos. Sin embargo, las pasiones trabajaban en favor de Catalina. El duque de Anjou, los Guisas, Tavannes y todos los señores católicos que habían combatido la reforma, se indignaban con el favor de que gozaban los protestantes; y Felipe II, amenazado con una guerra en los Países Bajos que no podía sostener, apeló á la religion y al miedo, manifestando á Carlos IX los peligros á que exponía á los reyes la herejía y proponiendo una alianza ofensiva y defensiva contra aquel enemigo comun de las coronas.

Además, como todos los medios eran buenos, repartió dinero en la población para excitar motines, y cuando la corte entró en Paris con su séquito de caballeros hugonotes y de ministros protestantes, se « encendió la sangre » de los parisienses que eran todos católicos. Juana de Albret murió de repente el 9 de junio, lo que fué una primera causa de alarma, porque se creyó que la habían envenenado. El 18 de agosto, cuando se celebró la boda, costó mucho trabajo impedir un motin á las puertas de Nuestra Señora; en los púlpitos de todas las iglesias resonaban maldiciones contra los hugonotes, y estos no escaseaban las fanfarronadas en las calles.

Catalina concibió entonces un plan maquiavélico: los Guisas asesinarían á Coligny, los hugonotes se vengarían sobre los Guisas, y las tropas reales caerían sobre unos y otros como trastornadores del orden público. Con efecto, el 22 de agosto Coligny, á su salida del Louvre, recibió un balazo que le disparó Maurevel, asesino de profesion á las órdenes del duque de Guisa. Carlos IX corrió inmediatamente al almirante y le dijo: « El dolor es para vos, la injuria y el ultraje son para mí. » Y juró vengarle.

El día siguiente pareció el rey animado de los mismos sentimientos; pero la reina le dió un asalto con el duque de Anjou, el de Angulema, Tavannes, el canceller Birague, el mariscal de Retz y el duque de Nevers, los tres últimos italianos: le dijo que los dos partidos estaban á punto de entrar en lucha, que cada uno de ellos se elegiría un jefe, y que con esto no le quedaria al rey mas que su título, si es que le quedaba. Tavannes manifestó que « la guerra era inevitable y que valia mas ganar la partida en Paris que ponerla en duda á campo raso. » Como vacilaran en cuanto al número de víctimas, uno de los consejeros exclamó diciendo: « Es preciso matarlos á todos, pues el pecado es el mismo por pocos que por muchos. » Carlos había estado hasta entonces inmóvil y sombrío; pero de repente dijo que ya que parecia bien la muerte del almirante, él quería que mataran á todos los hugonotes del reino, « sin que quedase uno solo para echárselo en cara. »

Encargóse de la ejecucion el duque de Guisa. Conocidos son los horribles detalles del degüello, y sabido es tambien que Carlos recibió entusiastas felicitaciones de las córtes de Roma y de España por la « sábia y santa resolucion que habia tomado, regocijándose todos con él por tan glorioso triunfo. » Felipe II le escribió y le dijo : « Vivid persuadido de que sirviendo á Dios os servís mejor á vos mismo. » Atroz política que descubren perfectamente esas odiosas pa-



San German l'Auxerrois <sup>1</sup>.

labras. En caso de guerra Felipe prometia hombres y dinero, y despues de esta promesa añadia : « Quisiera ir en persona á combatir á vuestro lado ; pero en mi lugar obrará con todo el celo oportuno el duque de Alba. » Y le supli-

1. La campana de esta antigua iglesia (siglo XII) situada en la plaza del Louvre, dió la señal del degüello en la noche del 24 de agosto de 1572. La carnicería fué espantosa. L'Estoile dice que el rey hizo fuego contra los protestantes por un balcon del Louvre. Las señoras de la

caba « con todo el ardor de su cariño que continuara y consumara lo que tan bien habia comenzado. » El odio personal, la rivalidad de profesion y hasta la codicia, entraron por mucho tambien en aquellas abominables matanzas. El filósofo Ramo murió á manos de un rival ; el duque de Anjou mandó en Angers que pusieran sellos á la sucesion de los muertos y aun á los bienes de los vivos, y el degüello de la noche de San Bartolomé no fué solo para él un medio de saldar sus cuentas y de hacerse con riquezas <sup>1</sup>.

Y en suma, aquel gran crimen fué inútil, como lo son todos los crímenes. Los protestantes perdieron sus jefes ; mas pasado el primer momento de estupor, volvieron á tomar las armas con desesperacion en muchas localidades. Bien lo conoció por cierto el ejército real en los sitios de Sancerre y de la Rochela. El duque de Anjou, que mandaba al frente de esta última plaza, no supo tomarla. Nimes, Montauban y otras mil ciudades en donde dominaban los protestantes cerraron sus puertas, y al mismo tiempo la reina veia que se formaba en el seno de los católicos un numeroso partido, si no favorable á los calvinistas, inclinado á las ideas de tolerancia, partido al que acudia Carlos IX, harto de sangre, y á pesar de su madre, de España y de Roma. El 13 de febrero escribió al duque de Anjou que se hallaba delante de la Rochela : « Os aconsejo la dulzura y la clemencia... Apurad los medios amistosos sin perder la esperanza... La fuerza, por afortunada que pueda ser, me será siempre perjudicial por la ruina de mi ciudad y de mis súbditos. » La paz de la Rochela concedió á los

córte salieron la mañana siguiente á ver los cadáveres. No se sabe á punto fijo el número de muertos, pues unos dicen 10,000, otros 4,000 y otros 2,000 ; sin embargo, esta última cifra parece la mas verosímil. La municipalidad de Paris dió gratificaciones á los que habian contribuido á la matanza y mandó acuñar medallas « en memoria del dia de San Bartolomé. »

1. Cuando la esposa de Felipe II felicitó á su hermano por la victoria de San Dionisio en 1567, le encargó que no se olvidase de confiscar los bienes del príncipe de Condé « como era razonable. » El original de la carta está roto en este punto, por lo cual ignoramos si la reina de España no reclamaba para sí una parte de aquellos bienes.

reformados la libertad de conciencia, con lo cual salieron victoriosos de una lucha que se principió exterminándolos.

Verdad es que las divisiones de sus adversarios secundaron sus heroicos esfuerzos. El degüello de la noche de San Bartolomé sembró la desunion entre los católicos; indignáronse muchos hombres de bien, y el ambicioso duque de Alençon, hermano del rey, supo aprovechar tan nobles sentimientos para formar un tercer partido que las dos opiniones quisieron deshonrar en vano con el nombre de *politico*: mezcolanza de descontentos, de ambiciosos y de hombres honrados, el nuevo partido débil en su origen por su escasa fuerza numérica y por la incoherencia de sus elementos, creció despues por el progreso de las ideas de tolerancia y á él debió su triunfo Enrique IV.

Cárlos IX murió en 1574 y le sucedió su hermano Enrique III que algun tiempo antes fué elegido rey de Polonia. Enrique III, hombre de talento; pero encenagado en vicios que le hicieron odioso á sus contemporáneos y despreciable á la posteridad, quiso practicar las máximas de su autor favorito Maquiavelo y las lecciones de Catalina de Médicis, oponiendo los dos partidos uno al otro para que se destruyeran mutuamente.

Los políticos se habian unido á los protestantes, Francisco de Alençon á Enrique de Navarra que acababa de escaparse del encierro en que le tenian desde la noche de San Bartolomé. Al cabo de una guerra mal dirigida en la cual alcanzó, sin embargo, la victoria de Dormans el hijo del duque de Guisa (el *Balafré*) sobre los alemanes auxiliares de los reformados, el rey puso fin por el tratado de Beaulieu á la quinta guerra civil, dando al príncipe de Condé el gobierno de la Picardía.

Jacobo de Humieres, gobernador de Perona, protestó contra aquel nombramiento y reunió mas de 500 caballeros de aquella provincia católica en una sociedad para la defensa de la fé, ejemplo que se imitó; con lo cual en breve tiempo tuvo cada provincia su liga. Enrique de Guisa se apoderó hábilmente de aquellas fuerzas dispersas, las con-

centró formando una sola sociedad de la que era jefe, y desde aquel dia hubo dos reyes en Francia.

Con efecto, activamente protegida por el clero, sobre todo por los monges y los jesuitas, la Liga se hizo dueña de las elecciones cuando Enrique III congregó en Blois los Estados generales y dominó en la asamblea (1674). El rey tuvo que retractar el edicto de Beaulieu y concedieron seis meses á los protestantes para abjurar; pero al mismo tiempo que obligaban al rey á declararles la guerra, le negaban los medios que para hacerla le eran necesarios.

No adelantaba, pues, por falta de dinero, y los protestantes perdieron Issoire, la Charité y Brouage. Libre el rey de la vigilancia de los Estados, aprovechó aquellos pobres triunfos para firmar un nuevo edicto de pacificación ó paz de Bergerac, que concedía á los protestantes una libertad de conciencia mas extensa y mejor especificada que en los anteriores edictos: les daba jueces particulares en los ocho parlamentos de provincia, nueve plazas fuertes y tropas; pero á vuelta de todo esto aseguraba la preeminencia á la religion romana y declaraba abolida toda confederacion, tanto de reformados como de católicos (1577). En 1580 hubo otro levantamiento y era el sétimo: el rey de Navarra tomó á Cahors, y esta lucha sin importanécia terminó con la paz de Fleix.

Enrique III no tuvo hijos: su hermano el duque de Alençon murió en 1584, y entonces Enrique de Navarra, jefe de los protestantes, apareció heredero de la corona. Los católicos, esto es, la mayoría de la poblacion del reino, se veian amenazados de tener un rey calvinista, con cuyo motivo volvió la Liga á tomar incremento.

Enrique de Guisa hubo de comprender que habia llegado el instante de obrar con energía, y sin vacilar firmó el 31 de diciembre de 1584 con Felipe II el tratado de Joinville, en cuya virtud las partes contratantes se comprometian « á estirpar las sectas y heregías, á excluir del trono de Francia á los príncipes heréticos y á afianzar la sucesion de los Valois en favor de Cárlos, cardenal de Borbon, » anciano sin hijos que ponian en evidencia para disimular las pre-